

## OCTUBRE MISIONERO CLARETIANO 2010

---

### ● 17 octubre: Domingo XXIX del Tiempo Ordinario, ciclo C.

#### Comentario

#### **«¿Dios no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?»**

Tanto en la lectura del evangelio de hoy como en el evangelio del próximo domingo, el evangelista Lucas expone algunas importantes enseñanzas sobre la oración del cristiano. Basta comparar las citas de ambos pasajes para advertir que son correlativos en la obra de Lucas. De hecho, a lo largo de su escrito se ofrecen al lector tres parábolas muy elocuentes: la del hombre que acude a media noche a casa del amigo para pedirle alimento, que en su evangelio ha quedado unida al Padrenuestro (11, 5-13), la parábola del juez y la viuda (18, 1-8), y la historia del fariseo y el publicano (18, 9-14). Con estas escenas Lucas trata de poner de relieve tres actitudes básicas e indispensables del creyente en su oración a Dios: la confianza, la humildad y la perseverancia. Esta última cualidad es destacada explícitamente por él desde el principio: «*Para mostrarles la necesidad de orar siempre sin desanimarse...*» (Lc 18, 1).

Advirtamos desde el inicio que en esta parábola del juez y la viuda el evangelista relaciona la oración con la temática de la «justicia divina». El dato es en sí mismo muy significativo, particularmente para nosotros, que deseamos aproximarnos a las lecturas de estos domingos desde un enfoque eminentemente misionero. Lucas nos recuerda, a este respecto, que la oración del cristiano es el primer medio de transformación del mundo y la sociedad según los planes de salvación de Dios. Hay una total y plena coincidencia entre el objetivo primordial de toda misión cristiana (entiéndase, la proclamación del evangelio y la consiguiente lucha por la justicia y la paz en el mundo, defendiendo la dignidad de todo ser humano como hijo de Dios) y la finalidad de toda plegaria dirigida al cielo. Jesús mismo resume el mensaje de su parábola en este sentido, con este conmovedor interrogante: «*... pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?*». Recordar este dato fundamental de nuestra fe nunca está de más, pues con frecuencia tendemos a disociar ambas realidades, como si la oración fuera una actividad abstracta o etérea, sólo parcial o indirectamente relacionada con los «duros trabajos del evangelio».

En la escena evangélica de este domingo Jesús habla de la oración entonada además por los necesitados e indefensos, como la viuda de su parábola. Aquellos que se dirigen a Dios como juez de última instancia y cuya plegaria se ha transformado en un grito de auxilio desesperado y permanente, pues «claman a él día y noche». Es un clamor que anhela justicia, pero también comprensión y consuelo. En la oración del libro de los Salmos, esta fórmula de petición es habitual en los poemas de súplica: «*Oh Señor, Dios de mi salvación, de día y de noche he clamado ante ti. Llegue mi oración a tu presencia...*» (Sal 88, 1; cf. también Sal 32, 3-4; 42, 2-3; 77, 1). La vida, mensaje, pasión, muerte y resurrección de Cristo es la respuesta definitiva del Padre a este grito de socorro de la humanidad doliente e indefensa. Una respuesta desconcertante, sin embargo, porque pasa por su encarnación y total asunción de la naturaleza humana. Pues Cristo, siendo Palabra definitiva del Padre a la humanidad, experimenta el “día” y la “noche” del hombre hasta las últimas consecuencias. Recordemos, a este respecto, la doble dimensión del Salmo 22 que Jesús proclama en la cruz: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? Dios mío, de día clamo y no respondes; y de noche, pero no hay para mí reposo*». Jesús en la cruz encarna la plegaria de la viuda de la parábola, siendo él mismo mediador ante el Padre. Y en su resurrección y triunfo sobre la muerte y el pecado ha

llevado a cumplimiento el v. 24 de este salmo: *«Él no ha despreciado ni aborrecido la aflicción del angustiado, ni le ha escondido su rostro, sino que cuando clamó al Señor, lo escuchó»*.

## Subsidio para la liturgia dominical

### ● Introducción

Este tercer domingo supone un cambio en la temática de la liturgia. Si bien el centro de los domingos anteriores era la fe, primero como don recibido y luego como conocimiento y trato personal, ahora se vuelve la Palabra de Dios el centro de la liturgia. Una Palabra que tiene encerrada la misericordia de Dios, que hace justicia, como nos indicará Jesús en el evangelio, a los que le claman día y noche.

Se nos ofrece, por tanto, uno de los ejes fundamentales de la vida del P. Claret, que hizo de las Sagradas Escrituras el lugar principal donde escuchar a Dios. Los Misioneros Claretianos, al celebrar el octubre misionero, no podemos perder de vista que somos servidores de la Palabra, que es al Dios que buscamos en la Biblia y que encontramos en la Eucaristía al que anunciamos.

Vamos a intentar en esta Misa dominical fomentar el deseo de conocer a Dios más profundamente a través de la lectura asidua de su Palabra.

## PALABRA DE DIOS

### ► Lectura del libro de Éxodo (17,8-13)

Amalec vino a Rafidín y atacó a los israelitas. Moisés dijo a Josué: "Escoge hombres y sal a luchar contra Amalec. Yo estaré en la cima de la colina teniendo en la mano el bastón de Dios". Josué hizo como le había ordenado Moisés, y luchó contra Amalec. Moisés, Aarón y Jur subieron a la cima de la colina.

Cuando Moisés tenía sus brazos alzados vencía Israel, y cuando los bajaba vencía Amalec. Como se le cansaban los brazos a Moisés, tomaron una piedra y se la pusieron debajo. Él se sentó encima, y Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. De este modo los brazos de Moisés se sostuvieron en alto hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su ejército a filo de espada.

### ► Lectura de la 2ª carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 3,14-4,2

Querido hermano: Permanece fiel en lo que has aprendido y de lo que estás convencido. Conoces bien a tus maestros. Desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras, las cuales pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por la fe en Jesucristo. Pues toda la Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, dispuesto a hacer siempre el bien.

Yo te conjuro ante Dios y ante Jesucristo, que ha de venir como rey a juzgar a los vivos y a los muertos: predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, corrige, exhorta con toda paciencia y con preparación doctrinal.

### ► Del Evangelio según San Lucas 17,11-19

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos la necesidad de orar siempre sin desfallecer jamás, les dijo esta parábola: "Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Una viuda, también de aquella ciudad, iba a decirle: Hazme justicia contra mi enemigo. Durante algún tiempo no quiso; pero luego pensó: Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, le voy a hacer justicia para que esta viuda me deje en paz y no me moleste más". Y el Señor dijo: "Considerad lo que dice el juez injusto. ¿Y no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les va a hacer esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente. Pero el hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará fe en la tierra?"

## Orientaciones para la celebración

### ► Tema central

La Palabra de Dios, como lugar donde Dios nos enseña, nos reprende, nos corrige y nos educa a fin de que lleguemos a la perfección.

### ► Propuesta de homilía

Una de las cosas más curiosas que hay en el mundo son los rumores. Sólo es necesario que alguien diga o haga algo que posea un cierto interés para que pase de boca en boca. Además, su capacidad para extenderse es maravillosa, pues antes de que el que los causó sea consciente ya todo el mundo sabe lo que pasó. No obstante, su transmisión no es “limpia”, sino que su contenido tiende a perderse y desfigurarse a la misma velocidad que se transmite. A la hora de transmitirse un rumor no importa la veracidad del acontecimiento, sino la curiosidad de quien lo escucha y la imaginación del transmisor. De este modo se mantiene o exagera lo morboso o lo que se está deseando escuchar, aunque sea algo anecdótico. En cambio, lo que no llama la atención desaparece y se olvida, aunque sea importante. De este modo, un comentario accidental puede acabar convertido en un hecho que alguien vio... Y la gente se lo cree sin grandes dificultades, pues esa es otra de las cosas curiosas de los rumores: tendemos a creérnoslos, a pesar de que todos sabemos que no tienen por qué ser ciertos.

Esta tergiversación continua a la que está sujeta la verdad cuando se convierte en un rumor es la que hace que Dios haya buscado otro medio para que nos llegue su palabra más allá del boca a boca: quería que nos llegara quién es y cómo actúa sin ser deformado por la imaginación de las personas. Y la solución es tan fácil como escribirlo. Un escrito puede ser interpretado de muchas maneras, pero, a fin de cuentas, lo escrito, escrito queda. Por lo tanto la Biblia no es un libro cualquiera, sino que Dios mismo, el Espíritu Santo, se preocupó de que en ella quedara encerrado todo lo necesario para conocer y contactar con Dios. Confundir la Sagrada Escritura con cualquier libro de poemas o historia sería perder lo fundamental: la fuerza viva que Dios ha encerrado dentro. El P. Claret era muy consciente de esta verdad, por eso cumplía lo que el apóstol san Pablo dice a Timoteo: usaba la escritura para “enseñar, reprender, corregir, educar en la justicia, hacer que el hombre de Dios sea perfecto, dispuesto a hacer siempre el bien”. Pero hay más: Claret no sólo intentaba conocer bien la Palabra de Dios, sino que la intentaba aplicar. Si veía que Jesús iba caminando, él caminaba; si iba sin dinero, él no llevaba nada; si Jesús iba de pueblo en pueblo, Claret se sentía incómodo si se quedaba en la misma ciudad... Y es esto lo que hizo del P. Claret un gran misionero, pues la Palabra de Dios es tan grande que no se la puede anunciar con la boca, es necesaria la vida entera para poder transmitirla. Los grandes misioneros, y todos nosotros estamos llamados a serlo en nuestro trabajo, son los que hablan de Dios con la boca y lo apoyan con todo lo que hacen. No podemos olvidar, sobre todo cuando hablamos de Dios, que si nuestras palabras no coinciden con nuestras vidas nadie nos creerá.

Ante todo esto dirán que estamos en una situación complicada, pues Jesús nos ha puesto el listón tan alto que no podremos conseguir nunca que nuestra vida apoye el mensaje que llevamos. Y es cierto, pero el Evangelio nos da una pauta para solucionarlo: la insistencia de la viuda. ¿Cuántas veces hemos pedido a Dios que seamos santos para poder anunciarle? ¿Cuántas veces le hemos suplicado que seamos capaces de hacer todo como Jesús lo haría? ¿Cuántas veces le hemos rezado para nos haga coherentes? En la parábola Jesús deja claro que Dios no desoye a los que le suplican ¿Por qué pedimos tantas cosas para nuestra vida y tan pocas veces para que el mensaje de Jesús se extienda más y más?

Pero no tenemos que ser conformistas, dejando todo en manos de Dios; también hemos de esforzarnos por dejarnos transformar por la Palabra de Dios. Y esto comienza con una lectura asidua. No es tan complicado, sólo hay que buscar un momento (al acostarse o al levantarse es más fácil, pues solemos hacer siempre lo mismo y así lo recordaremos mejor) y organizarse para leer cada día un poco. Se puede coger un Evangelio por orden y leer un trozo cada día. También se pueden tomar las lecturas que la Iglesia propone cada día, que se encuentran publicadas a principio de cada año. Incluso podemos acostumbrarnos a abrir la Biblia cada día al azar y leer el texto que salga... Hay miles de modos, pero es

difícil que anunciemos una palabra que no hemos oído. Y, como Claret, necesitamos oírla para llevarla a los demás, anunciándole continuamente: así seremos esos grandes misioneros de Cristo necesita hoy, esos capaces de anunciar su Palabra, como nos pide la lectura, a tiempo y a destiempo.

## LA MISA DE HOY

### ■ Ambientación

Dentro de este octubre misionero volvemos a la iglesia para reunirnos alrededor de la Eucaristía y la Palabra de Dios. Hoy, además, es un día curioso, pues las lecturas nos van a hablar de sí misma, de las Escrituras, y nos van a recordar que no sólo nos encontramos ante un libro cualquiera, sino ante una de las presencias más poderosa de Dios entre los hombres, ya que es la que nos puede hacer perfectos.

Este poder transformador de la Palabra ha de estar empujado por la vida de la Iglesia y por la fuerza de la Eucaristía, que podemos encontrar ahora aquí, todos juntos. Vamos a dejar que la Misa de hoy nos haga encontrarnos con Cristo y con el esfuerzo de sus discípulos por seguirlo, de tal modo que salgamos de esta celebración pareciéndonos un poco más a nuestro Maestro.

### ■ Monición a la Palabra de Dios

En las lecturas de hoy se ve como el poder de Dios se va abriendo paso en la humanidad: en la primera lectura lo tenemos concentrado en los brazos de Moisés, pues sólo vence Israel cuando los tiene en alto. En la segunda lectura deja de estar en manos de una persona para estar accesible a todos a través de la Palabra de Dios que además hemos de llevar a los demás predicándola a tiempo y a destiempo. Y como anunciar de este modo la Palabra es complicado, Jesús nos da la clave en una parábola que nos invita a pedir continuamente ayuda a Dios. Escuchemos atentamente.

### ■ Oración de los fieles

**En este mundo de prisas, nos pides paciencia y perseverancia y por nuestra debilidad ante la adversidad le suplicamos al Señor: R/. - DANOS TU FUERZA, SEÑOR.**

1ª.- Ayuda, Dios Padre, a todos los pastores de tu Iglesia, para que hagan de tu Palabra el centro de su vida, de modo que con ella enseñen, reprendan, corrijan y eduquen a quienes lo necesiten. Roguemos al Señor.

2ª.- Da tu fuerza a todos los cristianos para que anunciemos tu mensaje a todos de palabra y con el ejemplo de nuestras vidas. Roguemos al Señor.

3ª.- Ten compasión, Señor Jesús, de todos lo que sufren las injusticias y no son atendidos, dales tú el apoyo y la justicia que necesitan. Roguemos al Señor.

4ª.- Concede el don de la vocación de misioneros a muchos jóvenes, que dediquen todas su vida a anunciar tu mensaje a tiempo y a destiempo. Roguemos al Señor.

5ª.- Te pedimos, Señor, que seamos capaces de organizarnos para leer cada día tu Palabra, de modo que nos transformes y hagas que estemos siempre dispuestos a hacer el bien. Roguemos al Señor.

**Escucha, Señor Jesús, nuestra oración, y derrama tu gracia y tu bondad sobre todos los misioneros y todos los pueblos de la tierra. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.**

### ■ Monición final

Ya nos hemos alimentado todos juntos con nuestro Dios en la Eucaristía y con su mensaje en la lectura bíblica. Ojalá seamos capaces de organizarnos para seguir leyéndola cada día. Y sólo queda una cosa: Anunciarla a los demás. Que este sea el esfuerzo de nuestra semana.